

ParaMiquel2

Tu respuesta es muy sobrada respecto a mi inicial propuesta. Está llena de menciones de amigos tuyos, a quienes no conozco, y de algún autor también desconocido para mí. Gracias, por supuesto, por aceptar este intercambio escrito y también por las extensas, siempre provocadoras, reflexiones tuyas. No tengo ningún inconveniente, antes al contrario, en que a estas páginas les des toda la difusión que quieras.

Cuando era aún más joven -si cabe- que ahora anotaba mucho los libros, también con la fecha de las correspondientes notas. Así me consta que a Robinson lo leí en inglés en julio de 1965. De su lectura me entraron ganas de leer a Bonhoeffer, que en traducción francesa leí en enero de 1966, y también a Tillich y su teología existencial, esto ya más tarde. A Bultmann, igualmente muy citado por Robinson, lo conocía de antes en lo de "desmitologización" del Nuevo Testamento.

Bultmann, Robinson y Bonhoeffer me impactaron profundamente. Cuando los he releído, sobre todo la última vez hace poco tiempo, me han sonado ya a archisabidos, y algo me he sorprendido al recordar lo mucho que me impresionaron entonces: ¡no era para tanto! No debía serlo en época en que leía también a Nietzsche, a Marx y a Freud, los grandes "maestros de la sospecha" según Ricoeur. Verdad es que a estos les desautorizaba su ateísmo y por entonces yo tenía muy a mano los volúmenes de Charles Moeller, *Literatura del siglo XX y cristianismo*, donde a Sartre y a Camus, que también leía, les vencían Marcel, Péguy y Bernanos. Los Bonhoeffer y Robinson, en cambio, eran "fuego amigo" contra las murallas del catolicismo romano, de la ortodoxia vaticana.

Diserté tempranamente sobre *La religión en fragmentos* en un breve ensayo (15 páginas) publicado (año 1984) en los que fueron *Papeles de estraza* que coordinaba un cura poeta de Moratalaz, José Mascaraque. Hice análisis, pero no apuesta alguna por esa fragmentación del cristianismo. Quienes sí hicieron apuesta por algo más que fragmentación, por pulverización del cristianismo fueron Jean-Marie Domenach, director algún tiempo de la revista *Esprit*, y Michel de Certeau, un jesuita a quien conocí en París cuando yo andaba en la Fundación Teilhard de Chardin consultando textos suyos todavía inéditos.

Desde una filiación católica Domenach y De Certeau trabajan con tres metáforas: el estallido, la pulverización, la diseminación<sup>1</sup>. A través de estas metáforas avanzan la tesis de que el cristianismo habría pasado a constituir un hecho cultural, una presencia por doquier, presente no sólo o no tanto en las iglesias, sino en la sociedad como tal. El lugar contemporáneo de la religión cristiana sería la sociedad entera y no la institución eclesial. La "pulverización" del cristianismo equivaldría a su "diseminación". El cristianismo estaría pulverizado a la vez que diseminado.

En ese análisis o más bien tesis -no de sociología, sino claramente confesional, por no decir teológica- la sociedad occidental no sería formalmente cristiana, ni tampoco habría dejado de serlo; simplemente habría asimilado el cristianismo, habría metabolizado las sustancias

---

<sup>1</sup> Michel de Certeau y Jean-Marie Doménach. *Le christianisme éclaté* (El cristianismo estallado). París: Seuil, 1974.

culturalmente asumibles que de él pudo recoger y eliminado en cambio aquellas otras que, por la razón que fuere, le resultaron inasimilables.

En esos autores sí que hay una apuesta: "En la actualidad se dan innumerables prácticas vividas y sostenidas por cristianos, pero sin rostro cristiano, sin firma, perdidas en la muchedumbre, algunas de ellas en espera de un lenguaje, las otras las más numerosas, sin tener necesidad de ello. Este anónimo removerse del río cristiano disuelto en el mar humano es ya el rumor de un silencio detrás de los discursos y de las disputas". Y todavía: "El sentido evangélico -llega a decir De Certeau- no es un lugar; se enuncia en términos de instauraciones y sobrepasamientos relativos a los lugares efectivos, ayer religiosos, hoy civiles." <sup>2</sup>

Sus metáforas son ambiguas como suelen serlo las metáforas. Y cada una de ellas necesita acotación. La del estallido puede concretarse como implosión: hundimiento y rotura hacia dentro de unas paredes por la fuerte presión exterior. El cristianismo ha implosionado por la presión de las ciencias y las técnicas, de las revoluciones sociales y políticas, de una sociedad del consumo y del placer.

La metáfora de pulverización va más lejos que la de fragmentación. Con ella se da a entender que el cristianismo está no solo fragmentado sino pulverizado. En esa línea cabe todavía proceder más allá: está licuado, fluidificado. Si puede hablarse de algo en verdad líquido en esta sociedad actual calificada por Zygmunt Bauman de líquida, es el cristianismo o la religión, la religiosidad. En no pocos corazones y cabezas ha venido a ser una religiosidad líquida por no decir gaseosa.

Por otra parte, un cristianismo pulverizado no es automáticamente un cristianismo diseminado. De la pulverización no se sigue la diseminación que aquellos autores pretenden. Desde luego, en Occidente hay elementos cristianos –semillas, si se quiere- por doquier: en la moral, en el lenguaje, en símbolos, en ceremonias. En ese sentido hay una herencia cristiana indudable en Europa y en América, que no hay en India o en China; y hasta los ateos llevan en sí algo de cristianos. Cabe subrayarlo, si se quiere. Esa persistencia, sin embargo, no es superior a la de elementos –semillas- de herencia griega. No por simple herencia un demócrata se ve hoy como todavía ateniense, ni un ateo como todavía cristiano.

Es obligada aquí una puntualización: todo eso de la religiosidad líquida, del estallido, fragmentación o pulverización del cristianismo vale no para todo Occidente, solo para algunas regiones y estratos sociales, culturales. En verdad tampoco cabe hacer para la entera humanidad un análisis general, válido en toda ella. Conceptos como el de globalización o era digital valen para la mayor parte del mundo, pero no en muchas regiones de Asia, de África, de América Latina. Lo único en verdad universal hoy en día son las desigualdades, las brechas entre regiones, entre países ricos y pobres, sin nutrición e insalubres o con alimentos y buenas condiciones sanitarias, con Internet y avanzada tecnología o sin ella, con larga o escasa esperanza de vida.

La descristianización y las varias imágenes propuestas para analizarla son patentes en las clases trabajadoras más que en la burguesía, más en las zonas urbanas que en las rurales, más entre los hombres que entre las mujeres, menos en América que en Europa, donde todavía hay

---

<sup>2</sup> J.M. Domenach y M. Certeau, o.c., páginas 46-49.

diferencias notables entre países. Para un buen número de irlandeses y de polacos la adscripción al cristianismo católico constituye todavía un signo de identidad nacional, algo que no se da en otros países tradicionalmente católicos como Italia o España.

Así, pues, no en todo Occidente, no en el completo ecúmene de su religión, sino en amplios sectores prominentes suyos, no solo laicos, también cristianos, se ha dado implosión, rotura, desintegración, pero no desaparición sin dejar rastro. Quedan, desde luego, muchos restos, añicos desparramados. No está justificado, sin embargo, concebir estos añicos como si ellos todavía siguieran constituyendo cristianismo. Un búcaro roto ya no es un búcaro. Tampoco una religión rota es una religión. De los fragmentos resultantes no se puede decir que sean propiamente religiosos. Si se quiere se les podrá llamar "postreligiosos" o "postcristianos", aunque lo de "post" no pasa de ser un comodín. Cabe llamarles así de modo semejante a como se dice: "mira aquí todavía unas esquirlas del jarrón que ayer se rompió". Quedan, sí, esquirlas de cristianismo, y en algunas de ellas cabe todavía descubrir que conservan sentido y no son para enviar al montón de los desechos culturales. Pero eso es todo ... a mi entender, claro está.

Cuando de esas reflexiones se regresa a Robinson y a Bonhoeffer, estos hacen aguas por muchas rendijas, en particular por su adhesión a un Jesús legendario elevado por Pablo a Cristo. Releí a Bonhoeffer por cuarta o quinta vez precisamente hace un mes, antes de iniciar este intercambio, y caí en la cuenta de que su diagnóstico y revolucionaria propuesta se hallan exclusivamente en una carta, la del 30 de abril de 1944. El resto de sus cartas y escritos desde la prisión es deudor totalmente de la neoortodoxia de Karl Barth o, mejor, de la cristología de Pablo.

En cuanto a Robinson, no se queda corto en paulinismo. Empieza por citar un intenso pasaje de Rom 8,38: "Nada hay en la muerte ni en la vida... nada en lo alto ni en lo hondo, nada en la creación que pueda separarnos del amor de Dios en Cristo Jesús nuestro Señor". Y tras citarlo, ya en glosa, se esfuma Dios. Creerá Robinson en dicho Cristo aun a falta de Dios, según el célebre "etsi Deus non daretur" de Grocio asumido por Bonhoeffer: "Eso es lo que creo con todo mi ser y es lo que está en el corazón de lo que significa ser cristiano. Por lo demás, respecto a las imágenes de Dios, sean de metales o mentales, estoy preparado para ser un agnóstico con los agnósticos e incluso un ateo con los ateos"<sup>3</sup>.

Ese género de cristocentrismo o "jesuadismo" (no diré jesuitismo, porque eso es marca registrada) no cuela, al menos para mí. No hay modo de salvar a un Cristo sin Dios. Y tampoco hay modo de hacer descansar al monumental Cristo paulino sobre la tela de araña de lo que a ciencia incierta se sabe sobre Jesús.

23-5-2022

---

<sup>3</sup> *Honest to God*. Londres: SCM Press, 1963, página 127.